

Introducción

¿Por qué volverse un pequeño cerdo capitalista?

Yo recibí oficialmente el mote de «pequeño cerdo capitalista» por mi amiga Alejandra —digo «oficialmente» porque en secreto siempre quise serlo— después de una escandalosa confesión: a los veintidós años ya osaba tener un fondo que invertía en la Bolsa de Valores. Imagínate lo que eso significa, sobre todo teniendo en cuenta que mi oscuro secreto no salió a la luz en un bar del paseo de la Castellana rodeada de gente trajeada, sino en una barbacoa en una azotea llena de periodistas —como yo—, músicos, estudiantes de artes plásticas y algún que otro espontáneo de profesión desconocida, pero seguramente «bohemio».

Mi amiga no se explicaba si me había picado una mosca tse-tse o si había sido abducida por los extraterrestres, el caso es que no entendía qué me había llevado a tan descabellado comportamiento. Yo no había estudiado ni economía ni finanzas, vamos, ¡ni siquiera administración de empresas!

La verdad era más sencilla que todo eso: no me daba la gana de que cada año mi dinero perdiera valor por estar



durmiéndose en los laureles de una cuenta de banco normal y corriente —que es lo que le pasa al dinero cuando no se invierte y se lo come la inflación—, mientras que otros —esos sí «grandes cerdos capitalistas», por usar la frase de Ale— fueran los que ganaran con mis ahorros.

En finanzas siempre hay un ganador. Si inviertes mal tu dinero, otro puede usarlo para hacer más dinero. Si tienes un depósito a plazos de los del montón, te dará rendimientos más bajos que los que tu vecino obtiene de su banco. En tu tienda de siempre acabas pagando tres veces más porque nunca comparas los precios con los de otros establecimientos o porque, llevado por la emoción de lo poco que debes pagar al mes, te metiste a comprar a crédito sin calcular el coste real. Si tú no avisaste a tus familiares de que tenías un seguro de vida, tu dinero se puede quedar durante años en las arcas de la compañía aseguradora. Si alguien te ofreció participar en una oportunidad de inversión inmejorable y no entendiste qué era pero aun así le diste la pasta, puedes salir perdiendo si al final resulta que era un chiringuito o porque el riesgo era mayor del anunciado.

¿Por qué no ser tú el que gane para variar? No necesitas volverte un cerdo capitalista... o, bueno, sí, pero solo un poco, uno pequeño.

Ser un pequeño cerdo capitalista no significa que, si eres vegetariano y activista de Greenpeace, tengas que dejar de serlo, tampoco cambiar de partido político ni dejar de pensar sobre lo mal que está distribuida la riqueza en el mundo.

No. Basta con querer ser tú el que saque el mejor provecho a tu dinero y tener ganas de aprender cómo hacerlo. No importa si es mucho o poco —aunque, claro, la idea es que el dinero se multiplique—, el caso es que lo aproveches

al máximo, pues es tuyo. Unos cuantos ceros más en la cuenta corriente no hacen daño a nadie, ¿O sí?

Gestionar el dinero no es algo que nos enseñen en el instituto —aunque deberían—, y a veces en las familias el tema es un tabú igual o incluso mayor que el sexo. Si tenemos suerte, puede que aprendamos gracias a consejos anecdóticos del tío de la prima que conoce a un señor que supuestamente se hizo rico. Si no, aprenderemos a trancas y a barrancas. Y todo por negarnos conocimientos que podrían sernos verdaderamente útiles.

Piensa en la bolsa, ¿cuántas personas conoces que han perdido dinero, salen por patas y juran que jamás de los jamases volverán a invertir? Puede que esta aversión a un instrumento —que en España ha tenido una rentabilidad media del 11 por ciento en los últimos veinte años (fuente: IESE Business School)— no se hubiera dado si el asesor les hubiera explicado que esa inversión es para plazos mínimos de tres años y que se debe depositar únicamente dinero del que no se necesite disponer enseguida, pues la bolsa puede darse sus batacazos, pero a la larga se recupera. Si sacas tu dinero en el peor momento, puedes acabar vendiendo barato al que está dispuesto a esperar. De nuevo, alguien que hace su agosto a tu costa.

Esta manera de pensar nos lleva a creer que al que le va bien con el dinero es porque tiene suerte, influencias o porque ha estudiado una carrera relacionada con las finanzas y por eso sabe lo que se hace (te sorprenderías de las meteduras de pata de que son capaces los licenciados de las facultades de Economía cuando se trata de su dinero).

Pues bien, primera noticia: no necesitas tener el Nobel de Economía para gestionar tu dinero de una manera óptima. En finanzas personales raramente verás ecuaciones con simbolitos extraños y miles de cifras. Olvídate de la pesadilla de

las ecuaciones de la adolescencia. En términos matemáticos, solo necesitas saber hacer las operaciones básicas: sumar, restar, multiplicar y dividir. ¡Vaya, ni siquiera la raíz cuadrada con la que nos torturaban en el colegio!

Lo más importante que desconocemos de las finanzas personales es su funcionamiento. Al final, aunque no lo parezcan, las finanzas son una disciplina inventada por los seres humanos que siguen una lógica que cualquiera puede comprender. El problema es que rara vez nos la explican en nuestros propios términos. Solo necesitas saber un poco más sobre lo que hace cada institución o lo que ofrece cada producto, cuáles son sus reglas, sus procedimientos —cómo les encanta complicarle la vida al usuario—, recibir algunos consejos para comparar y tiempo para dedicarle a tu dinero.

Yo aprendí y acabé siendo una apasionada de las finanzas personales por circunstancias profesionales y fortuitas: durante muchos años trabajé como periodista especializada en temas económicos, muchas de las personas a las que entrevisté me sacaron de dudas y me dieron grandes lecciones sobre cómo gestionar el dinero, lecciones que ahora comparto con otros mortales no especialistas en finanzas.

Yo escuchaba escéptica muchas de las cosas que los entrevistados me decían, pero al empezar a poner en práctica algunas, como ahorrar automáticamente al principio de cada quincena o incluso desgravarme impuestos ahorrando para la jubilación, pensé: «¡Estos no andan tan perdidos!». Y es que tampoco es tan difícil.

Eso es lo que encontrarás en las siguientes páginas: la explicación de cómo funcionan la mayoría de esas cosas que para nosotros están en suajili, esas capaces de convertir los cientos en miles, pero sobre todo capaces de proporcionarte algo invaluable: libertad financiera, la posibilidad de que

puedas tomar las decisiones que quieras y alcanzar las metas que has soñado, sin que el dinero sea el grillete que te lo impida.

Y ahora, sin más preámbulos porque el tiempo también es dinero, vayamos directito al capítulo dedicado al Ahorro

!!!!Oink\$\$\$\$\$!!!!

Capítulo 1



**Ahorrar:
de verdad que
todos podemos**

Sí se puede

La mayoría de los gurús de las finanzas personales te dirán que para llevar mejor tus cuentas debes empezar por analizar tus ingresos y tus gastos, hacer un presupuesto, priorizar, ver dónde recortar... Por supuesto que esto funciona, pero no vamos a empezar por ahí. Eso vendrá después, no te preocupes. ¡Tatatachán! Pero ¿por qué? Pues simplemente porque ordenar tu vida financiera cuando no has visto todavía un solo resultado puede resultar poco inspirador y un buen lío.

En ocasiones, los pequeños avances pueden ser la motivación para tener las ganas y la paciencia para sentarse a comprobar recibo por recibo, anotar nuestros gastos de todo un mes, quitar aquí, poner allá, etcétera, para hacer el famoso presupuesto.

Quien no esté de acuerdo, que se vaya directito al capítulo 3 y luego regrese. Quien sí, que siga leyendo.

Hagamos memoria, remontémonos a aquellos ayeres —que para algunos literalmente fue ayer y para otros casi siglos— en los que éramos unos mozalbete estudiantes sin oficio ni beneficio..., a menos, claro está, que cuentes como



trabajo eso de ser hijo, donde algunos ganan desde medio salario mínimo mensual hasta sueldo de ejecutivo, dependiendo del jefe, bueno, del padre o madre que le haya tocado en suerte.

¿Recuerdas que la paga bastaba para el cine, el CD o la renovación anual del gadget reglamentario? Y, estirándola un poco, hasta para los regalitos al noviete o la novieta. Yo no sé si es producto de una extraña obra de magia negra financiera, pero a la mayoría le alcanzaba más el dinero entonces que después de conseguir su segundo ascenso.

Alguna vez en Twitter alguien me escribió: «¿Me creerás si te digo que llevo más de un año cobrando un sueldo y cero euros ahorrados?», y no solo le creí, de hecho, me pareció de lo más común.

Una de mis amiguitas adoradas, blanco constante de cotilleos por sus inexistentes hábitos de planificación, me confesó durante un concierto que, pese a su flamante trabajo de abogada en un tribunal, no tenía ni un céntimo en el banco, no digamos ya en un fondo de inversión... ¡Vaya! Ni siquiera en la típica hucha de cerámica en forma de cerdito.

Mi sorpresa se debió a que precisamente todas mis amigas del instituto y yo empezamos a trabajar el mismo año (más o menos en el ecuador de la carrera o en el último año), mientras que la abogada triplicaba entonces, literalmente, nuestro sueldo de becarias porque ya era una funcionaria respetable.

Bueno, entre compritas, comprotas, ganarse a pulso ser cliente *vip* de su salón de belleza y viajecitos, se le había ido el sueldo entero, desde el primer empleo hasta la fecha. Lo más inexplicable era que sus ingresos eran muy superiores respecto a los que recibía de estudiante: la paga que le daban sus padres equivalía como mucho al diez por ciento de su salario. ¿Te suena? ¿A cuántas personas conoces (incluyéndote a ti) en esta misma situación?

Varias causas generan este extraño fenómeno:

- ✓ Te emociona «ganar tu propio dinero» por primera vez y sientes que eres más libre de gastar.
- ✓ Piensas que ahorrarás cuando tengas dinero para hacerlo..., signifique lo que signifique esa mentira.
- ✓ Elevas tu estándar de gasto: si antes te gastabas treinta y cinco euros en un regalo de cumpleaños para la familia o la pareja, ahora, el mínimo es de cien euros. Lo mismo ocurre con las salidas y la ropa.
- ✓ Esperas siempre los aumentos para gastar más y ves el ahorro como un sacrificio, en lugar de una inversión para ti mismo o para alcanzar metas mayores. ¿Te has gastado en gadgets el equivalente a la entrada de un coche? ¡Glups!
- ✓ Dejas de priorizar: como tienes más dinero, en lugar de ser más selectivo con lo que compras ¡te llevas todo y hasta andas a la caza de rebajas, según tú, porque así ahorraras!

Muchos diréis: «No se puede»; «No tengo dinero para ahorrar»; «Apenas me alcanza con lo que gano», etcétera, pero, ¿qué habría pasado si nunca te hubieran subido el sueldo? Simplemente no gastarías más.

Esto explica por qué el nivel de ingresos tiene poco o nada que ver con ahorrar; siempre culpamos a nuestro sueldo, pero ¿de verdad un aumento te permitirá ahorrar o no será más que una excusa para continuar posponiéndolo?

Aunque no lo creas, hay muchas maneras de revertir tu *gastitis aguditis*: apretarte el cinturón y encontrar un instrumento de inversión automático que te descuento cuando cobras A PRINCIPIO de mes; buscar una fuente de ingresos

adicional y destinarla solo al ahorro; dejar de ir a «darte una vuelta» a los centros comerciales los fines de semana; o ingresar en tu cuenta de ahorro cualquier incremento de sueldo desde el mismo segundo en que lo recibas.

Explicaré con más detalle las opciones en las siguientes páginas del capítulo, pero el principio es muy sencillo: Si quieras ahorrar, ¿por qué no te «olvidas» de que te han subido tus ingresos?

Y no te preocupes por no encontrar la manera de hacerlo. Ideas no faltan y en este capítulo encontrarás muchas, muchísimas formas de ahorrar..., claro está, si quieras.

¿Y si soy soltero y sin compromiso?

Temo decirte que con más razón necesitas ahorrar. A menos, claro, que quieras vivir en casa de tus padres hasta los cuarenta o pienses que ahorrar será casi una misión imposible cuando ya tengas hijos.

Como ya no nos urge (tanto) casarnos, nos apoltronamos en la casa paterna y nos «aferramos al nido» con uñas y dientes.

Creo que en la generación de mis padres la costumbre era dejar el hogar familiar entre los 23 y los 25 años (bueno, había otros que lo que hacían era llevarse esposa o esposo al nido paterno, pero esa es otra historia).

En España algunos se marchan de casa a los treinta, aunque también habrá que contar a los que regresan después de haber vivido solos o de estudiar en el extranjero y a los que nunca se van.

Quedarse más tiempo con los padres podría tener la ventaja de ahorrar en el alquiler y, además, ¿quiénes son más consentidoras que las madres? Aunque también existe una

desventaja gigante: puedes caer en un nivel de gasto «artificial» y llegará un momento en que, por mucho que quieras salir de casa de tus padres, no podrás.

¿Cómo es eso? Muy fácil: si tuvieras que pagar de alquiler o hipoteca, esos 350, 700 o 1.000 euros que te gastas entre ropa, salidas y caprichos, varios desaparecerían, y te las tendrías que arreglar para llegar al fin de mes sin ellos. Ergo... lo que te ahorras de alquiler en realidad es como si lo debieras. ¿A quién? Pues a ti. Es el dinero para cuando vivas por tu cuenta.

No hay forma de echarlos...				
¿Cuándo dejamos el nido?				
Porcentaje de jóvenes que viven con sus padres por edad y sexo				
	18-24		25-34	
	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres
EE UU	71,7	81,5	19,6	32
Bélgica	71,9	86,2	9	18,8
Dinamarca	21,1	40,4	0,5	2,8
Alemania	70,8	83,5	9,2	18,7
Irlanda	77,9	83,8	17,9	32,2
Grecia	67,7	84,4	35,9	55,7
España	84,8	87,8	29,8	41,1
Francia	57,7	65,9	8	13
Italia	82,5	91,8	32,7	47,7
Luxemburgo	83,8	89,5	9,8	30,4
Países Bajos	55,8	72,2	3,1	11,8

	18-24		25-34	
	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres
Austria	66,4	75,6	14,7	30,7
Portugal	82,8	91,6	34,9	47,6
Finlandia	31,9	52,6	1,9	8
Suecia	37	47,1	2	3,9
Reino Unido	64,2	75,6	10,5	20
Noruega	29,9	40,7	2,2	4,7

Fuente: Informe de Juventud España, 2012. Elaboración INJUVE a partir de EU-SILC Database, Eurostat

Una de mis mejores amigas lleva meses queriendo irse a vivir sola. Ahora que realmente le urge, porque su madre y ella se dan de bastonazos, no sabe si podrá. Parte del problema es el dinero, pero no porque le falte, sino porque no tiene ni idea de en qué se le va y no sabe cómo ahorrar.

Al principio, el obstáculo era que trabajaba en una agencia de publicidad, ganaba poco y no le alcanzaba. Ahora está en otra empresa, es directora de arte, le duplicaron el sueldo y aun así apenas le alcanza. Mi amiga es el ejemplo perfecto de cómo a menudo el problema no es el sueldo, sino la falta de organización.

Todos tendemos a aumentar nuestro nivel de gasto a medida que aumentan nuestros ingresos, pero, si seguimos así, aun cuando tengamos un sueldo de director general estamos condenados a seguir viviendo en casa de nuestros padres por derrochadores.

En cambio, si cuando te aumenten el sueldo empiezas directamente a ahorrar la diferencia, no extrañarás ese dinero.

Con un nivel de gasto moderado —que incluya el alquiler que deberías estar pagando— y una cuenta de ahorros cada vez más gordita, podrás pagarte TU apartamento sin tener que hacer grandísimos sacrificios. A fin de cuentas, vale más tener tu propio espacio que estar despilfarrando en un estilo de vida que no es realista.

Algunas veces los obstáculos para ahorrar son un despropósito: Una de las cosas que descubrió mi amiga es que se gastaba un dineral en taxi por dormir 10 minutos más cada mañana. Vivía a 20 minutos caminando del curro, pero si se retrasaba tomaba un taxi que le cobraba 15 o 20 euros, y, como lo hacía con frecuencia, por lo menos se le iban 90 euros mensuales en esos 10 minutos de pereza matutina.

Quizá 90 euros no sea tanto si vives en casa de tus padres y los inviertes en unas cañas el viernes o en ir al cine varias veces al mes, pero es mucho si piensas que con esa cantidad costearías el wi-fi en casa y el móvil. Seguro que así te queda claro que es hora de adelantar el desperdizador.

Cuando vivimos con nuestros padres estas cosas parecen intrascendentes, pero saber en qué gastas y dejar de tirar el dinero a la basura es un ejercicio superimportante si deseas mudarte y, sobre todo, si no quieres que llegue el día en que el casero se te lance a la yugular.

Una vez un director de inversiones me dijo que cuando eres joven tus gastos son tan flexibles como tú lo decides (salvo que tengas que mantener una caterva de hijos repartidos por el mundo), y es muy cierto. Y esto vale para todos los casos: puedes gastar muchísimo, de modo equilibrado o frugal. Si de verdad quieres «independizarte», lo primero no es una opción.

Independencia económica según sexo, grupos de edad y procedencia 2008-2012 (%)							
	Género		Grupos de edades			Procedencia	
2012 (N = 4990)	Varón	Mujer	15-19	20-24	25-29	Español	Inmigrante
Autonomía completa	23,8	15,6	7,6	13,4	19,9	19,9	26,2
Autonomía semicompleta	25,1	24,4	21,3	21,1	24,8	23,0	25,0
Dependencia parcial	25,1	30,2	23,4	35,2	27,6	28,5	25,0
Dependencia plena	26,0	29,8	47,7	30,3	27,7	28,6	23,8
Total	100 %	100 %	100 %	100 %	100 %	100 %	100 %
2008 (N = 4976)							
Autonomía completa	28,3	14,4	4,2	21,1	36,0	19,4	33,3
Autonomía semicompleta	28,4	29,8	10,4	32,1	41,4	29,1	28,9
Dependencia parcial	11,9	17,5	13,3	19,5	11,3	15,4	10,4
Dependencia plena	31,4	38,3	72,1	27,3	11,3	36,1	27,4
Total	100 %	100 %	100 %	100 %	100 %	100 %	100 %

Fuente: INJUVE, elaboración propia a partir de la Encuesta de Juventud. IJE 2008, 2012

¿Y si ya soy mayorcito? ¿Tengo SOLUCIÓN o ya se me fue el tren?

La mayoría de quienes han cumplido ya los veinte, los treinta, los cuarenta e incluso los cincuenta y que se topa con un libro de finanzas personales piensa: «De haberlo sabido antes...»; «Es muy buena idea, pero demasiado tarde para empezar»; «No tengo remedio, no hay nada que hacer» y... te lo digo muy en serio: no hay nada más lejos de la verdad. Sin importar tu edad, aprender a manejar el dinero y enderezar las finanzas personales SIEMPRE mejorará tu calidad de vida.

En cualquier momento puedes aprender a planear, a ahorrar y a alcanzar metas que quizás no has logrado por descuidar esta faceta de tu vida. Y, más allá de que puedas, es que lo necesitas.

En ocasiones estamos muy cómodos con el modo en que hacemos las cosas y nos escudamos en que si hemos sido de determinada manera toda la vida —desorganizados, sobreendeudados y remolones con el ahorro— es imposible cambiar. Nada más lejos de la realidad.

Un excelente ejemplo es Isela, la autora del blog www.elpesonuestro.com. Ella se «rehabilitó» de la mala gestión de sus finanzas a los treinta y seis años, y ahora ya tiene más de cuarenta. Entonces le quedaban catorce años de pago de hipoteca, lo que implicaba, según sus palabras, que «a los cincuenta apenas iba a estar saliendo de la *megadeuda*, y no tenía planeado mi futuro ni por asomo. El día que me di cuenta de que dos semanas de mi sueldo mensual las destinaba a pagar la tarjeta de crédito, me quedé de piedra». Llegado ese momento, hizo tres meses de terapia y entendió que no es que fuera una víctima de la economía de México sino que ella misma «se había metido en el hoyo».

Isela imaginó lo deprimente que sería «ser una cuarentona endeudada e infeliz». Sabía que no lograría volver atrás en el tiempo, pero sí cambiar sus circunstancias. Tan solo tres años después, a base en disciplina y frenando las compras compulsivas y su adicción a las rebajas, pagó los 80.000 euros que le quedaban de su hipoteca y se libró completamente de deudas. Incluso empezó a trazarse metas que, si bien no son sueños completamente materiales, requieren de dinero para realizarse, como terminar el Milford Track, una caminata de 53,5 kilómetros en la que se recorren lugares espectaculares en Nueva Zelanda.

Isela es bastante joven aún, pero acumulaba una buena cantidad de deudas. Sus problemas económicos no eran exactamente los de una veinteañera sin compromisos que abre su primera cuenta en el banco. Y, si ella logró deshacerse de esas *cargotas financieras*, todos, a cualquier edad, podemos.

Datos de miedo

El 39 por ciento de los españoles no ahorra nada.

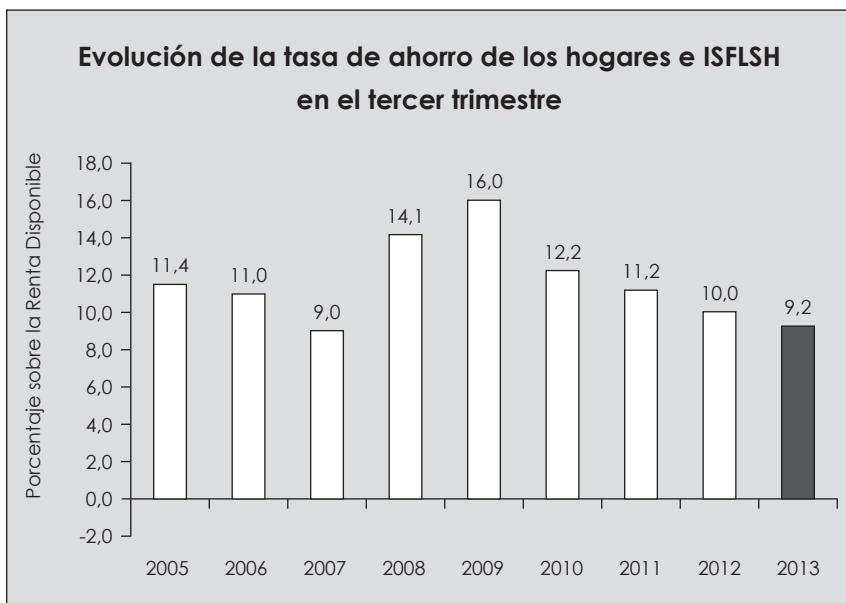
El 46 por ciento ahorra de forma ocasional.

Solo el 15 por ciento ahorra de forma regular.

Fuente: Encuesta Internacional de Hábitos Financieros ING, 2012

Si eres adulto, la diferencia con un chaval que apenas comienza a ahorrar es que debes gestionar al mismo tiempo deudas, metas y jubilación. No importa si no lo has hecho, lo que importa es que empieces hoy. Precisamente porque tienes menos tiempo que los que son más jóvenes, ocúpate del tema urgentemente.

Si este apartado no te suena porque aún no has llegado a la categoría de «mayorcito», dáselo a leer a tus padres, tíos, hermanos o suegros... Puede que no te hagan caso en todo, pero al menos estarás demostrando que te importa su bienestar y que confías en que pueden hacer algo por recuperar el control de su vida financiera.



Estrategias de ahorro para manirrotos

Después de tanta regañina y sermón, ahora sí, hablemos de por dónde empezar. Te creo si me dices que tienes la mejor de las intenciones, que cada mes de verdad piensas: «Ahora sí voy a ahorrar», y que siempre se confabula el destino: si no se te atraviesa una oferta irresistible del ordenador o la consola de videojuegos a 50 meses sin intereses, encuentras esa blusa verde loro para los zapatos color fucsia adquiridos la temporada pasada y que no llegaste a estrenar porque no te combinaban con nada, o el cumpleaños de la amiga del primo que no vino a la fiesta, la cenita, el viaje de *finde* con billetes de oferta... ¡Agrega a la lista el último complot contra tu billetera!

Y esto es un poco como lo de fumar o las dietas: hay mil obstáculos y pretextos para no dejar de fumar o de comer

de más, pero, si realmente quieras ahorrar, ¡por supuesto que hay manera! Y no es tan tortuoso como piensas. Seguramente no será el proceso más rápido del mundo (bajar treinta kilos tampoco lo es), pero se puede, ¡se puede!

Antes de meternos en harina, te propongo cuatro cositas básicas, básicas, *basíquísimas* para empezar hoy. Ya nos ocuparemos después de maneras más estructuradas y formales para ahorrar. Ahora, por lo pronto, es necesario poner fin a la tendencia de dejar todo para otro día.

1. No lo dejes para el final. Una de las causas más comunes de fracaso al ahorrar es hacer frente primero a todos nuestros gastos y guardar solo lo que queda. «Ahorrar lo que sobre» es una mala estrategia por un pequeño detalle: nunca sobra. Si no son los gastos diarios, surge una emergencia o, simplemente, como «todavía tengo dinero» me doy un caprichito y adiós. Además, como no tenemos una idea real de cuánto dinero tendremos disponible al final, es imposible planificar el ahorro.

Lo más efectivo es apartar la cantidad que nos hemos propuesto ahorrar en el instante en que recibimos nuestro sueldo, la paga (si aún no trabajas), la extraordinaria de Navidad o de julio o cualquier ingreso... Ahorrar desde el principio funciona, porque, si no lo tenemos, ¿cómo vamos a gastarlo?

2. Deja de postergar. Así sean 10 o 20 euros al mes, empieza HOY. Es más, sácalos ahorita de tu billetera y ponlos aparte. Mejor aún si puedes ir directito a depositarlos en algún lugar donde no los puedas tocar, se los das a alguien para que te los guarde o los metes en la hucha por el momento. Ah, y nada de: «Voy a sacar para el parking, el tabaco o para no tener que ir al cajero automático y luego lo repongo».

Como se trata de adquirir un hábito —es decir, de que se vuelva un comportamiento repetitivo hasta que ya te salga automáticamente— y no de que con algo tan facilito te llenes la boca y digas que estás ahorrando, marca en un calendario o programa una alarma en tu móvil con la fecha de cuándo ingresarás la próxima cantidad y repítelo con una periodicidad determinada, que no pase de un mes (si no, qué *chistosito*: ¡10 euros al año!).

Si quieras ver resultados rápido, una vez que te hayas acostumbrado, incrementa la cantidad poco a poco e inviértela. Verás cómo, sin que te des cuenta, el efecto se vuelve exponencial.

¿Y si ahorras un cine con palomitas al mes?			
(¿Cuánto? 20 € mensuales)			
¿Cuántos años?	Solo ahorrando (sin obtener intereses)	Ahorro con interés simple a un tipo de interés de 4 % anual*	Ahorro con interés compuesto a un tipo de interés de 4 % anual**
1	240,00	249,60	249,60
3	720,00	748,80	749,18
5	1.200,00	1.248,00	1.299,92
10	2.400,00	2.496,00	2.881,47
15	3.600,00	3.744,00	4.805,66
20	4.800,00	4.992,00	7.146,74
30	7.200,00	7.488,00	13.460,39
50	12.000,00	12.480,00	36.640,10

* Los intereses se generan solo sobre el capital invertido
 ** Se reinvierte capital e intereses. Nota para los muy financieros: el cálculo de la última columna se realizó con la fórmula de anualidades

¿Verdad que de poquito en poquito se va haciendo un buen montoncito?

3. Aplica el «quítenmelo, que me lo gasto». Si no consigues ahorrar solo y por iniciativa propia, ¡haz que te obliguen! ¿Cómo? Que te quiten el dinero antes de que te lo puedas gastar.

Esto lo puedes hacer contratando un depósito a plazos o un fondo de inversión que tenga cargo automático a tus cuentas en las fechas que elijas, domiciliando ese ahorro o programándolo periódicamente vía la banca en línea.

De por sí ahorrar te es difícil, ¿para qué te complicas yendo cada mes a perder el tiempo en la cola del banco, cuando alguien más puede hacerlo por ti?

4. Cuéntale tu plan a alguien de tu confianza (y que diga siempre las verdades). Tener un «cómplice» para nuestros propósitos y darle el permiso para que nos regañe cuando no los estamos cumpliendo puede ser muy efectivo. Te puedes hacer el loco con tu promesa de ahorrar 50 euros al mes y llevar dos sin hacerlo, pero, si tu mejor amiga, tu madre, tu pareja o tu hermano lo saben y te preguntan, te dará más remordimiento (o al menos eso espero).

Mantenlos al tanto de cómo vas y cuéntales tus triunfos. Eso sí, elige también a alguien que sea ahorrativo, porque, si no, bonita receta: te lo va a pedir prestado o te va a recomendar en qué gastarte eso que tanto te costó guardar.

Huye del boicot: trampas para el ahorro

Si hay algo que tiene que ver con nuestra escasa o inexiste capacidad de ahorrar son nuestras ideas sobre el dinero. En ocasiones son claramente ilógicas, en otras no tanto, pero en todo caso vamos a dar un buen repaso a todas para encontrar aquellas que necesitamos cambiar a toda costa.

¿Verdaderamente rico o simplemente manirroto?

Una de las razones por las que más nos liamos con el dinero es que sus manifestaciones exteriores, es decir, conducir el último modelo de coche, cambiar de ordenador o de smartphone como de calcetines, jugar al golf todos los domingos en el Country Club (como diría mi amiga Carolina), tener un chalé o el síndrome de «yo invito» no reflejan en realidad la situación de tus finanzas. Ese millonario que todos tenemos en la cabeza a menudo tiene poco que ver con quien realmente es rico y quien solo es derrochador.



¿Cuál es la diferencia? Dos palabritas: *libertad financiera*, que es simplemente la capacidad de hacer con tu vida lo que quieras y tomar las decisiones que deseas sin que dependan del dinero o te detengan las deudas.

En la era de las facilidades de pago, la verdad es que no hace falta ser Rockefeller para comprar mucho —de ahí a que lo que adquiramos sea realmente nuestro, es otra historia, pues podemos terminar debiendo hasta la camisa—, y hay que evaluar si esas pequeñas, medianas o grandes compras están limitando nuestros planes a largo plazo.

Quizá cambiar cada dos años de televisión o de tablet se esté comiendo la posibilidad de hacer un máster, un viaje a Tailandia o el fondo para retirarnos a los 57 y no a los 75 años.

Conocer la diferencia y, sobre todo, trabajar para alcanzarla puede hacer que en unos años seas más rico que tu jefe actual y archimillonario en comparación con tus amigos más presumidos.

¿Qué se necesita?

Conocer bien cómo gastas, controlar tu *compritis aguditis* y poner tu dinero a trabajar. El ideal, en el que coinciden la mayoría de los gurús de las finanzas personales, es que inviertas tu dinero de manera que llegue el día en que no dependas de un salario para pagar tus gastos, sino simplemente de lo que renten tus inversiones o negocios. Y, siendo realistas, eso es lo que necesitaremos en algún momento, ¿o crees que podrás aguantar hasta los 87 años a tu ritmo actual de trabajo?

Suena complicado, pero hay varias inversiones, incluso pequeños negocios, con los que puedes empezar a hacer

crecer tu dinero sin necesidad de millones (ni siquiera cientos de miles). El secreto consiste en estar alerta y olvidarse de prejuicios del tipo: «Eso es para grandes hombres de negocios, gente que sabe de finanzas, economía y todas esas ciencias ocultas»; «No nací para hacer dinero, tengo muy poco para empezar»; lo importante no es el capital con que cuentas, sino lo que hagas con él.

La meta es convertir lo que ahorres en activos; es decir, en cosas que produzcan dinero sin necesidad de trabajar. ¿Por ejemplo? Puede ser que compres un bien inmueble para alquilarlo después, que adquieras un fondo de inversión, o montes un negocio que no requiera tu presencia todo el tiempo, como máquinas expendedoras, un seguro dotal o comprar cosas que con el tiempo se revaloricen para que a medio o largo plazo puedas venderlas a un precio mayor.

Respecto al último ejemplo, Roberto, un especialista en relaciones públicas para instituciones financieras, compraba plumas estilográficas de colección por internet a gente que le urgía venderlas, las reparaba y después las vendía al doble o triple a coleccionistas.

Lo hacía porque las plumas eran su *hobby* —sabe todo sobre ellas— y le entretenía. No empezó porque pensara que era el negocio de su vida, pero se convirtió en una fuente interesante de ingresos.

Tengamos o no vena de comerciantes, todos debemos ser inversores.

En esto el crédito puede ser un gran aliado, pero es importante detectar qué deudas son productivas y cuáles son solo gasto.

No te endeudes para comprar una pantalla plana gigante que a crédito te costará un 20 o un 30 por ciento más, que no se revaloriza y que cambiarás dentro de tres años como tarde —y no te engañes diciendo que la vas a revender

por más, porque eso es imposible—. Espérate a tener dinero y págala al contado.

En cambio, si hay un terreno que puedes comprar para hacer un aparcamiento que te genere dinero, ve corriendo al banco y con su dinero asegúrate una renta para ti, eso sí, comprueba que haya un margen suficiente entre lo que vas a ganar y los intereses que pagarás. Si no, no es negocio.

Y por último, pero no menos importante: dedícale tiempo a tu dinero. Esto es, aprende sobre finanzas personales, aprende a conocer tus gastos, a encontrar formas de ahorro, a cazar oportunidades y a hacer un seguimiento de cómo vas.

A todos nos encanta gastar y no se trata de vivir siempre en la austерidad, sino de encontrar la manera de que nuestro dinero se vuelva tan inteligente y productivo que podamos gastar y depender menos de nuestro sueldo.

Tal vez esto te exija ahorrar más hoy y «estudiar» más que tus amigos sobre finanzas personales, pero es un precio realmente bajo si piensas que lo que estás comprando es tu libertad, como decía un financiero que sabe mucho sobre la planificación a largo plazo, que por modesto pidió permanecer en el anonimato.

¿Ahorro o gasto con descuento? No te engañes

Si hay algo que los manirrotos aman por encima de todo son las ofertas, por la simple razón de que mientras le dan rienda suelta a su ímpetu consumista, ¡hasta creen que están ahorrando! En el 99,99 por ciento de los casos no es así.

Tengo un amigo periodista en la treintena (bueno, más bien cerca de la cuarentena) que, cada vez que sale con alguien a comer cerca de una tienda o centro comercial, acaba comprando algo.

Le pasa especialmente con Mael, el amigo que nos presentó. Una vez encontró unas botas Dr. Martens que tenían descuento, pero que aun así costaban casi 160 euros... La moda, en fin. La siguiente ocasión fueron a una boutique alternativa de la colonia Condesa, un barrio modernillo de Ciudad de México, y como vio unas zapatillas New Balance carísimas que si comprabas dos pares el segundo te salía a mitad de precio, ¡se las tuvo que comprar!...

La última vez que lo vi — solo unas semanas después— traía en la mano una bolsa con unos altavoces que le habían costado 13 euros, y mientras esperábamos que nos sirvieran el café encontró un disco «buenísimo», era un tributo a Led Zeppelin, que compró porque ¡¡«costaba menos de 10 euros»!!

Total, que este hombre se pregunta por qué no tiene nunca dinero. Pero ¿cómo va a tener un céntimo si con ver la palabra «Descuento» o el letrero de «Solo 9,99» en un artículo decide que es un gran ahorro y lo compra? Es así de sencillo: si no habías pensado comprarlo antes de verlo, al adquirirlo no estás ahorrando, más bien estás gastando con descuento.

Este es el mismito principio por el que se guían los que «aprovechan» a la menor oportunidad las rebajas, ofertas de financiación y los meses sin intereses: los ahorros solo son ahorros cuando tenías una compra planeada y esperas a que la rebajen para hacerla, no cuando algo se te aparece con una de esas infames etiquetas de «10 %» o «3 × 2» y no puedes dejar pasar la oportunidad... de gastar de más.

Si las rebajas realmente funcionaran y supusieran un ahorro, la gente que es adicta a ellas tendría una cuenta bancaria de seis ceros. Normalmente no es así, es más, casi nunca lo es.

Si quieres gastar, hazlo sin maquillarlo como un ahorro, porque al final te estás engañando a ti mismo y luego te

preguntarás adónde fue a parar el dinero. O dejamos de gastar o nos declaramos derrochadores confesos y no intentamos hacernos pasar por ahorradores.

Asociaciones libres

Si vas al cine, ¿siempre tienes que comprar palomitas, aunque acabes de comer? Después de ir de copas, ¿los churros son obligados? Si te vas de vacaciones, ¿vas a comprarte un nuevo traje de baño (aunque ya tengas ocho)? ¿De verdad es necesario pasar por el *duty free* en los aeropuertos?

¿Cuántos de estos hábitos los conservamos porque tenemos en la cabeza la idea de «todos lo hacen, esa es la costumbre» y no porque lo necesitemos o deseemos de verdad? Seguramente, si reflexionas sobre las cosas en las que gastas «en automático», porque vienen en el paquete, encontrarás muchas formas de ahorrar.

Porque me lo merezco y otras formas de pseudoterapia financiera

¡Ah, qué mal hábito ese de comprar para desquitarnos de lo mucho que sufrimos día a día! Sí: «Me voy a comprar ese equipo de sonido de 2.000 euros porque he trabajado tanto este año que me lo merezco»; «Me voy de marcha y voy a invitarles a una ronda a todos, porque toda la semana estuve saliendo de la oficina a las diez de la noche por culpa de mi jefe, que es un explotador»; «Me voy de compras porque lo dejé con mi novio y necesito algo que me haga sentir mejor»... Así que, para gastar, cualquier pretexto relacionado con compensar algo que anda mal en nuestra vida es bueno.

Tengo una amiga que —y no exagero— cuando la conocí pensé que era la chica más guapa que había visto en carne y hueso. Una portuguesa preciosa con ojos de color miel, un bronceado impresionante, pestañas kilométricas, delgada como un espagueti y con unas señoritas piernas (¡iba en minifalda a la escuela de comercio!). Pero sus gracias no acaban ahí: habla español como si fuera argentina, italiano como si hubiera nacido en Milán y francés..., para qué te voy a contar. Por si fuera poco, también tiene un inglés excelente porque lo aprendió en San Francisco. Hizo un máster en marketing y fue de las mejores de su clase. Tenía babeando al 60 por ciento de la escuela (el resto eran mujeres heterosexuales) y es simpatiquísima.

Bueno, pues con todo y eso se permite deprimirse a menudo (sí, ya sé, para matarla), pero tampoco es cuestión de convertir este capítulo en un episodio de *Hablar por hablar*. El caso es que cada vez que se va a vivir a una ciudad nueva, algo que ocurre con frecuencia debido a su situación familiar-laboral, lo primero que averigua en Google es dónde están las tiendas «por si se deprime»... y no sé si la periodicidad de sus depresiones ha disminuido, pero es seguro que su nivel de gasto sigue aumentando.

En una cena, justo antes de irse a vivir a Reino Unido, contaba que ir de tiendas en Londres no era más caro que en Francia, que ya había buscado las boutiques de Notting Hill, investigado los precios en internet, y como la libra vale solo unos centavos más que el euro, todo costaba casi lo mismo... Esta investigación financiera era también por si se deprimía cuando se fuera a vivir para allá.

Admitámoslo, todo eso de la «terapia consumista» al estilo *Sexo en Nueva York* suena muy atractivo, pero ¿sirve de algo o es solo la forma de evadir algo que tienes que resolver y no precisamente a golpe de tarjeta bancaria? Fir-

mar recibos con el corazón roto solo cambiará el estado de tu cuenta corriente, no de tu vida.

Piensa en todas las personas que conoces que hacen eso, ¿de verdad les consuela más de cinco minutos? ¿No sería mejor hablar con amigos, salir a caminar hasta que se nos despeje la mente o directamente tumbarse en el diván de un psicoterapeuta? Quizá la relación coste-beneficio sea mejor.

Y, por último, ¿qué pasa con la gente que se cura así las depresiones y encima se las financia a crédito? Comprar unos zapatos de 100 euros y abonar solo el mínimo a pagar puede hacer que terminen costándote lo mismo que unos Manolo Blahnik y tardarás en liquidarlos meses y meses. Al poco tiempo te encontrarás con dos problemas: la depresión y las deudas.

Así pues, estimado lector: deja de sufrir y no le des más vueltas. No está mal darse de vez en cuando unas pequeñas recompensas o concederse un caprichito, pero no por ese tipo de razones.

Si gastar es tu afición y algo en tu vida te pesa tanto que necesitas desquitarte con la cartera, ¡busca cómo librarte de ello!: cambia de trabajo, habla con tu jefe, deja a ese novio tan pesado o acude a una terapia real, te saldrá más barato. Hay que buscar formas más perdurables y menos costosas de ser feliz que una tarde en el centro comercial.

A la caza de euros y céntimos

Ahora sí, sin excusas ni pretextos, echemos un vistazo para ver dónde podría estar ese dinerito con el que comenzarás a ahorrar en serio.

Ahorro diario: analízate

Los cientos o los miles de euros que deberían estar engordando nuestra cuenta de ahorro se encuentran en los hábitos diarios. Como ya vimos antes, levantarte tarde y tener que tomar un taxi cuando puedes caminar al trabajo tiene su coste, lo mismo que ser perezoso para cocinar y comer fuera siempre, o, peor, cumplir con el estereotipo del soltero ochentero y su costumbre de salir a cenar siempre pizza, algo que, además de acabar con tu cartera, seguro que termina con tu figura. ¿Se te ocurre algún otro ejemplo de gasto que eliminarías si cambiaras tus rutinas? Casi seguro. Analiza todo lo que haces durante el día desde que televantas hasta que te acuestas. ¡Encuentra ese dinero extra!



Aunque el móvil podría entrar en la categoría de ahorro diario, le dedico una mención especial porque ¡cuánto dinero nos cuesta! Y no precisamente porque seamos altos ejecutivos que necesiten seguir cada segundo el desarrollo de la empresa. ¿O es que resulta que tus amigos, tu enamorado o tu madre, son los directores de finanzas de tu compañía?

Y por supuesto que no solo eres tú. Haz el experimento, camina unos minutos en la calle u observa desde tu coche y comprobarás que tres de cada cinco personas (bueno, bueno, a ojo de buen cubero, no es estadística del INE) están mandando mensajes, publicando algo en Facebook o llamando a alguien. Lo mismo ocurre en el metro y —esto ya es el colmo— ¡hasta en el coche!

Los que no tienen remedio, y yo lo he presenciado alguna vez, son los que van a cenar y se dedican a hablar por teléfono, a pesar de tener a alguien enfrente con quien charlar. A esos yo les recomiendo que cambien de amigos o de pareja por otros menos aburridos.

¿Usas el móvil para comunicarte o porque estás aburrido? La verdad, como forma de entretenimiento es francamente caro. Compra un libro o ve al cine, entra en Facebook desde el ordenador... Aunque esto no es lo único para lo que empleamos mal la telefonía móvil. ¿Cuántas veces por pereza, por no tener que levantarnos de la cama, pudiendo llamar de teléfono fijo a fijo, llamamos de móvil a fijo y de fijo a móvil? El problema no es tanto el gasto en sí, sino el hecho de que podríamos usar ese dinero en otras cosas y dejar de quejarnos —smartphone en mano, eso sí— de que nunca tenemos dinero. Mi abuelito Luis decía: el teléfono es para acortar distancias, no para alargar conversaciones, así que ahora: ¡austeridad en el móvil!

Hazte útil

¿Cuántas tareas que bien podrías hacer tú mismo delegas y te cuestan un dineral por perezoso? El ejemplo por excelencia es la comida: ¿desayunas en el bar que está camino al trabajo? ¿Comes siempre fuera? Cuando tienes reuniones, ¿son siempre en restaurantes porque te da pereza cocinar?

Está bien que seas todo un *gourmet*, que te encante salir a restaurantes y esa sea la categoría en la que DECIDES gastar porque es prioritaria para ti. Solo un pequeño detalle: un bocata de jamón o unas tostadas por la mañana no son precisamente alta cocina, así que echa cuentas de cuánto podrías estar ahorrando si dedicaras diez minutos a prepararlos. No te preocupes, nadie pretende convertirte en Cenicienta. Evidentemente, hay que seleccionar qué tareas puedes hacer por ti mismo y cuáles no, si consideras que es un tiempo valioso para destinar a otra actividad productiva.

Ojo en la casa

No sé por qué a quienes acabamos de irnos a vivir solos nos resulta tan complicado organizar las comidas. Siempre hay mucho de algo, falta un ingrediente para el platillo que quieres hacer y ¡cómo se echan a perder los alimentos! El resultado es dinero literalmente tirado a la basura.

Aunque no seas precisamente un amo de casa o cocinilla perfecto, hay que aprender a planear menús semanales o para más de un día, mejorar el ojo para calcular las cantidades y leer las etiquetas de caducidad.

En casa desperdiciamos en abundancia:

- ✓ La electricidad por dejar luces encendidas o no usar bombillas de bajo consumo en zonas de uso intensivo, por olvidar desconectar los aparatos que no usamos o cuando nuestra casa no tiene buen aislamiento térmico.
- ✓ Las fugas de agua.
- ✓ El coste de internet, que podríamos compartir con un vecino, lo cual, y a menos de que necesites bajarte todos los días el programa más pesado del mundo, no modificará tu existencia.

Por mucho que pienses que un cambio así es insignificante, anualmente supone un dineral.

Búscate un pasatiempo

Ir de paseo al centro comercial con la familia porque no se te ocurre nada que hacer los domingos o salir de compras por aburrimiento es un hábito que, además de caro, llena la casa de trastos inútiles. Practica un deporte, aprende a pintar, estudia idiomas, medita, asiste a clases de fotografía, inscríbete en un club de paracaidismo, haz senderismo, inicia un huerto urbano..., lo que quieras, pero entretente en algo que valga la pena.

Haz un inventario

¿Cuántas cajas de aspirinas, pegamento en barra y demás chucherías compras por duplicado porque no recuerdas dónde estaban guardadas? Sucede frecuentemente con los me-

dicamentos, aunque puede pasar hasta con hieleras, sacos de dormir y hasta he oído casos de hornos portátiles. Para evitar duplicar, revisa tu casa y realiza un inventario con las cosas que siempre compras repetidas. Si no, por lo menos comprueba que no las tienes antes de volver a comprarlas.

Dejar las compras para el último segundo, quedarnos con lo primero que vemos sin comparar o usar frases como «lo necesito» cada vez que estamos frente a un mostrador nos hacen gastar de más.

Mi abuela Elsa siempre se acuerda de su amiga Cuca, porque además de ser simpática y jacarandosa como ella sola, fue quien «le enseñó a comprar» cuando estaba recién casada y todo el mundo le veía la cara de novata.

Puede sonar bobo, pero ¡no todo el mundo sabe comprar! De verdad. Saber comprar implica comparar precios, calidades, condiciones, y obtener el mejor producto o servicio disponible con nuestro presupuesto.

Implica también planificar: comprar el 24 de diciembre a las ocho de la tarde los regalos de Navidad y de Reyes o correr al centro comercial una hora antes de un cumpleaños normalmente significa que terminaremos comprando algo más caro. Al fin y al cabo, no podemos presentarnos con las manos vacías, ya no tenemos tiempo de buscar opciones o se acabó lo que teníamos presupuestado.

Dedicar tiempo a investigar antes de hacer cualquier compra importante —es decir, costosa o de mucha duración— es básico para sacarle provecho y no terminar tirándonos de los pelos.

Tengo dos amigas que se habrían ahorrado una buena pasta si la vanidad y la emoción no las hubiera hecho lanzarse al ruedo y gastarse 800 y 1.000 euros respectivamente, en lugar de 200 o 400, así como quien no quiere la cosa. ¿En qué? En extensiones para el cabello.

Más allá de si gastarías o no dinero en cabello (sí, lo sé, no es una prioridad para todo el mundo), lo grave es que una de ellas se enteró un mes después de que, si hubiera preguntado en la peluquería situada junto a la suya, esas mismas extensiones le habrían costado 400 euros y sin necesidad de regatear.

A la otra le ocurrió algo parecido: se puso extensiones en una peluquería que cobraba un ojo de la cara (1.000 euros), sin comparar precios. A la semana siguiente, una compañera de facultad le explicó que lo que se llevaba era comprarlas y luego pedirle al peluquero que te las colocara. De este modo la broma le habría salido por solo 200 euros.

Obviamente, como ninguna de las dos jamás se había puesto extensiones no tenían ni la más remota idea de cuánto costaban; por eso les tomaron el pelo, nunca mejor dicho.

De 200 a 1.000 euros hay mucha diferencia, pero esto no sucede solo con las extensiones. Hace dos Navidades andaba yo tras unas gafas de sol para hacer un regalo; de una óptica a otra y en el mismo centro comercial había una diferencia de 40 euros para el mismo modelo. ¿Por qué pagar más por lo mismo si tomarnos un día o dos para comparar o pedir referencias nos puede ahorrar unos buenos euros?

Es una pérdida de tiempo recorrer veinte tiendas en toda la ciudad por comparar algo que cuesta dos euros —el «ahorro» se iría en gasolina y aparcamientos, taxis o transporte público—, pero en la era de la tecnología se puede hacer más rápido y fácilmente: con internet. Hay muchísimos comparadores de precios que te pueden facilitar la tarea y algunos hasta te permiten poner alarmas para ciertos artículos.

En el caso de productos y servicios financieros, como depósitos a plazos, créditos hipotecarios, tarjetas de crédito o seguros, vale la pena consultar en la dirección de inverso-

res de la CNMV, el Banco de España o los diversos comparativos y simuladores que se pueden encontrar en internet como Morningstar, Rankia, etcétera.

Internet también puede ser una buena guía si se trata de cosas más sofisticadas, compras de bienes duraderos, cosas muy especializadas o que nunca hayas hecho. Existen diversos buscadores de precios, puedes investigar en tiendas *online*, portales de subastas o simplemente motores de búsqueda. En algunas ocasiones encontrarás que te sale más barato comprarlo por internet; en otras al menos tienes referencias de cuánto deberías pagar.

Una vez fui de compras con una eslovaca que era mi compañera de máster y me dio una útil lección. Yo andaba buscando unas botas e iba a piñón fijo. Ella venía de música y acompañamiento, como se dice en México, o de «señorita de compañía», pero igual se animaba y compraba algo.

Total, que a media tarde se encontró un vestido precioso y antes de ver la etiqueta dijo: «Lo necesito» y enseguida se corrigió: «No. Lo quiero. No lo necesito, solo lo quiero», añadió como para ella misma.

Y tenía razón, cuando dices que lo necesitas, implica que tienes que comprarlo, pero, si antes de verlo podías vivir sin ello, entonces es que loquieres, no que lo necesitas. ¿Cuántas veces nos hacemos un lavado de cerebro y acabamos comprando algo por no identificar la diferencia?

El precio correspondía a lo bonito del vestido —fuera de presupuesto—, así que, sin más consideraciones y con toda tranquilidad, lo devolvió a su perchero y siguió curioseando.

Otra cosa que hacía esta chica, que puede resultar muy útil para quienes compran por impulso, era darse una vuelta antes de decidir. Normalmente va un día, ve las cosas, compara en otras tiendas y regresa por lo que realmente quiere la tarde siguiente.

Además de evitarte el «si lo hubiera visto antes» o darte de cabezazos contra la pared porque está más barato en otro lugar, compras más racionalmente, de acuerdo con tus necesidades y no por «amor a primera vista» algo que puede terminar arrumbado en un armario y sin estrenar.

Nos han mentido: lo que nos gusta no se acaba en un día. Incluso en las rebajas puedes ir un día antes, te pruebas todo y eliges; luego, el día de las rebajas pasas temprano, coges las cosas a las que habías echado el ojo y pagas. Y, si no, da igual: siempre habrá otras blusas, otros pantalones, otros equipos de sonido, etcétera, que nos parecerán «los de nuestros sueños», y si hoy no compraste uno, te enamorarás de otro mañana.

Formas de ahorrar que nunca tenemos en cuenta

Para ahorrar solo hay dos caminos:

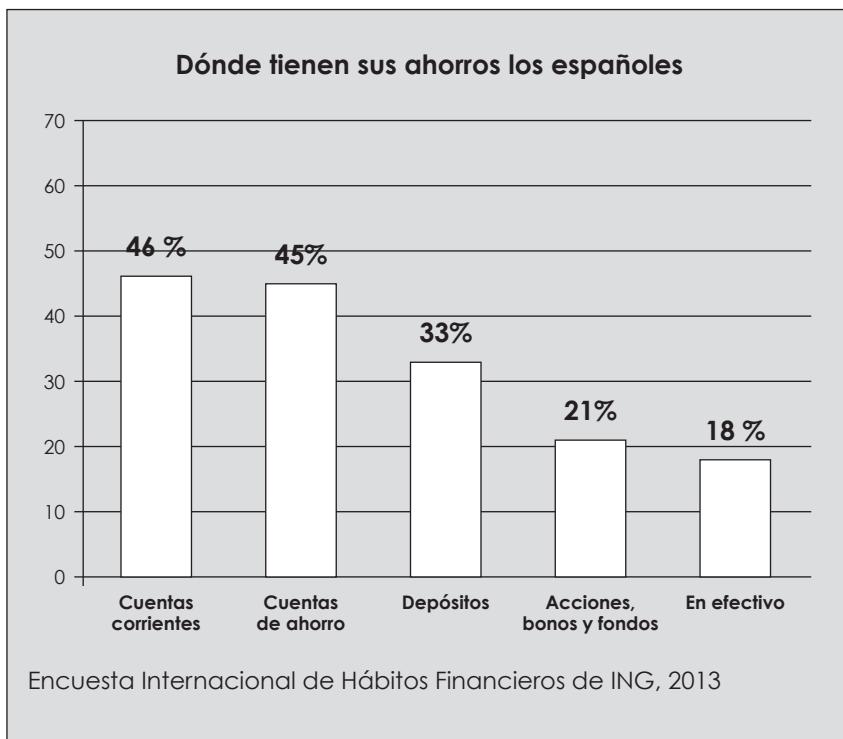
Camino 1: Reducimos gastos.

Camino 2: Generamos ingresos extra.

Ya sé que no estoy descubriendo la pólvora, pero sí quiero que de acuerdo con estos principios pienses en dos cosas a las que normalmente no hacemos caso, que pueden ser una gran fuente de ahorro o recursos adicionales:

- 1. Nuestras deudas.** ¿Cuánto pagas de intereses por abonar solo el mínimo a la tarjeta de crédito o haber financiado una compra durante meses y meses? Puede de que varios cientos de euros al año. Haz las cuentas y piensa en cómo amortizar antes tu tarjeta de crédito o créditos al consumo. Lo que rebajes de intereses pásalo a tu cuenta de ahorro.

2. Los rendimientos de nuestras inversiones. ¿Estás en el instrumento de ahorro o inversión correcto? ¿En otro lugar te darían mejores rendimientos por tu pasta? Si es así, cámbiate volando, porque obtendrás ingresos adicionales. Por lo menos compruébalo, porque luego estamos muy entusiasmados al abrir una inversión, pero al rato se nos olvida y puede que los tipos de interés que tan maravillosos nos parecían en un principio, con la crisis, se hayan vuelto minúsculos o existan oportunidades que desconocemos.



Y si ya no hay de dónde: a generar ingresos extra

Hay casos en los que ya no hay de dónde recortar o en los que, por más que estires tu dinero, no te alcanza para lo que necesitas o quieres. Ni modo: es hora de generar más. En realidad, es menos complicado de lo que nos imaginamos. Sí, negociar un aumento de sueldo puede ser una opción, pero no la única. Entonces ¿a qué me refiero? A que utilices tu talento fuera de la oficina y empieces a ganar más dinero.

En muchos casos lo más sencillo es hacer algo extra en nuestro mismo campo de trabajo: si eres contable de una empresa, puedes sacarte un dinero haciendo declaraciones de la renta; si eres diseñador o trabajas en publicidad, puedes conseguir clientes por tu cuenta y trabajar haciendo proyectos o montar una tienda en línea de tus propios productos; si eres profesor, puedes dar clases particulares; si trabajas en marketing, hacerte consultor externo...

Aunque unos trabajos lo permiten más que otros, principalmente por el problema de los horarios, siempre hay maneras de conseguirlo y, si de verdad quieres generar más ingresos, trabajar unas horas extra a la semana o un día del fin de semana es una opción viable.

Hay incluso quienes consiguen hacer rentables las cosas que les apasionan. Mi prima es fotógrafa y su futuro consorte trabaja en créditos automotrices. Les encanta organizar karaokes y empezaron a comprar toda la parafernalia para usarla con sus amigos: desde pantallas hasta luces y una bola de discoteca. Total, que sus conocidos les empezaron a pedir que se lo alquilaran y ahora es su negocio de fin de semana. Y lo más importante: con eso piensan financiar su boda, que llevaban dos o tres años posponiendo precisamente por falta de presupuesto.

Y como ellos puedo pensar en miles: Yorch y Lluvia, una pareja de diseñadores gráficos que decoran apartamentos de forma increíble; todos mis amigos periodistas y publicistas que complementan su sueldo con trabajo *free lance*. El secreto está en encontrar ese talento que puede servirle a otros.

Antes las compañías encargaban todos sus trabajos a una sola empresa, pero cada vez es más común contar con diversos proveedores o simplemente asignar proyectos más pequeños a algunos consultores o *free lancers*.

Infórmate sobre el precio en el mercado de los servicios que quieras ofrecer, qué requisitos tienes que cubrir y muy importante: con qué régimen te vas a dar de alta en la Agencia Tributaria para tu nueva actividad.

Un filón inesperado: ahorrar declarando impuestos

Sí, has leído bien. Muchos de nosotros pagamos más impuestos de los que debiéramos porque no tenemos ni idea de las deducciones y reducciones a que tenemos derecho. Y... como que no está la cosa para regalarle euros de más a la Agencia Tributaria, ¿no te parece?

Vamos por orden: el principal impuesto que hay que conocer y donde se puede ahorrar es el famoso IRPF o Impuesto sobre la Renta de las Personas Físicas, que, como su nombre indica, solo se puede cobrar si la persona ha generado algún tipo de ingreso o ganancia (rentas).

Este impuesto tiene dos ramificaciones:

—La renta general: aquí entran los ingresos por el trabajo personal (retribuciones y prestaciones, incluye cobros de planes de pensiones o seguros colectivos) o actividades económicas, alquileres de inmuebles, intereses de préstamos, etcétera.

Es de tipo progresivo, es decir, en teoría quien más gana más paga.

—Renta del ahorro: abarca casi todos los rendimientos de capital mobiliario (fondos, contratos de seguros de vida,



depósitos a plazos) y todas las ganancias y pérdidas de patrimonio que procedan de una transmisión con periodo de generación de más de un año.

Este impuesto está en función del patrimonio ahorrado o invertido. En 2014 era del 21 por ciento hasta los 6.000 euros; del 25 por ciento entre los 6.000 y 24.000 euros, y del 27 por ciento para cantidades superiores.

Muy importante: este impuesto no grava directamente los ahorros que tengamos, sino los beneficios que generen esos ahorros. Mucha gente que cree lo primero dice que prefiere gastar porque, de lo contrario, le cobran impuestos por ahorrar, pero no es por el ahorro en sí —por ese ya pagó impuestos—, sino sobre lo que esos capitales generan. Además, en España también se pueden compensar las pérdidas, bajo ciertas reglas, pero se puede.

De acuerdo. Ahora ya sé de dónde me cobran, pero ¿cómo hago para pagar menos impuestos?

Esas son las «fuentes» de ingresos o rentas y sobre lo que tendrías que pagar impuestos, pero la cantidad final se puede reducir tomando en cuenta:

- **Mínimo personal y familiar.** La parte de la renta que no se considera para el pago de impuestos porque está destinada a cubrir necesidades vitales del contribuyente y las personas que dependen de él económicamente (pueden ser hijos, nietos o padres o parentes con discapacidad, y, cuantos más sean, se da por hecho que se necesitan más recursos). El mínimo es una cantidad mayor para quienes tienen 65 años y se vuelve a incrementar para los mayores de 75.

- Los **gastos** que se requirieron para generar esas rentas. Por ejemplo: equipo o materiales de trabajo, seguros de responsabilidad civil profesional para autónomos o, si estamos hablando de las rentas del ahorro, las comisiones que una institución financiera cobró en una inversión.
- **Ganancias y pérdidas.** Los impuestos solo se pueden cobrar sobre lo que generaste u obtuviste y si pierdes eso se le puede restar a tus rentas y pagar menos impuestos por lo mismo.

Obviamente esto no es flexible, de ser así habría bastante fraude y a muchos les saldría negativa y la Agencia Tributaria les terminaría debiendo. Existen algunas reglas, como que las ganancias y pérdidas de distintas categorías no se pueden compensar entre sí. Por ejemplo: las pérdidas de un fondo de inversión no pueden compensarse contra los intereses ganados en una cuenta corriente.
- **Retenciones.** A lo largo del año hay una parte del pago de los impuestos que se va adelantando porque la retienen ya sea la empresa o clientes para los que trabajamos o la institución financiera que tiene nuestros ahorros. Esto también se toma en cuenta.
- **Reducciones.** Son conceptos que se restan a la base imponible general por alguna situación que se quiera favorecer o incentivar, por ejemplo, la previsión del futuro o la protección de las personas con discapacidad. Los hay de varios tipos:
 - Reducción por tributación conjunta.
 - Reducciones por aportaciones y contribuciones a sistemas de previsión social.
 - Reducciones por aportaciones y contribuciones a sistemas de previsión social constituidos a favor de personas con discapacidad.

- Reducciones por aportaciones a patrimonios protegidos de las personas con discapacidad.
 - Reducciones por pensiones compensatorias y pensiones alimenticias.
 - Reducciones por cuotas de afiliación y aportaciones a los partidos políticos.
 - Reducción por aportaciones a mutualidades de previsión social de deportistas profesionales.
- **Deducciones.** Además de estos conceptos, una vez ya calculados los impuestos a la renta general y de ahorro, hay otros más que se pueden restar al pago del IRPF, tales como:
- Deducción por vivienda habitual.
 - Deducción por alquiler de vivienda habitual.
 - Deducción por rehabilitación de la vivienda habitual.
 - Deducción por donativos a entidades sin ánimo de lucro, actividades de mecenazgo y otras donaciones contempladas por entidades autorizadas.
 - Deducción por nacimiento de hijos y madres trabajadoras.
 - Deducción por actuaciones para la protección del Patrimonio Histórico Español y el Patrimonio Mundial.
 - Deducción por inversión en empresas de nueva creación.
 - deducción por rendimientos del trabajo o de actividades económicas para contribuyentes cuya base imponible sea menor a 1.200 euros.

Estas son las deducciones generales, pero también hay algunas que dependen de cada comunidad autónoma y pueden ampliar o reducir las mencionadas.

A la hora de hacer la declaración anual, se deben tomar en cuenta todas estas cuestiones y el resultado puede ser una cantidad a pagar de impuestos o que el contribuyente haya pagado de más y entonces la Agencia Tributaria deba devolverle el exceso.

Puede que estés más o menos familiarizado con el tema del mínimo, pero, por ejemplo, pocas personas utilizan los beneficios del ahorro para el retiro (y ya veremos en un capítulo posterior por qué deberían).

La reducción de aportaciones a los sistemas de previsión social (que incluyen pensiones y previsión social) en 2014 permitía destinar a estos conceptos entre 10.000 y 12.500 euros —dependiendo de si eres mayor o menor de 50 años—, sin sobrepasar el 30 por ciento de los rendimientos netos del trabajo y actividades económicas que hubieras percibido ese año, y restarlos del IRPF. Además, podías restar también una cantidad para el plan de pensiones de tu cónyuge si sus ingresos no superan los 8.000 euros anuales. Esta deducción tiene ventajas presentes y futuras: ahorras para la jubilación y también reduce tu base imponible y pagas menos impuestos ese año.

Los impuestos son de las cosas que más cambian en los gobiernos, por eso hay que estar al día, para ver cómo aprovechar nuestra situación y evitar que «nos metan un gol», como quien dice.